

EXHUMACIONES Y RELATOS DE LA DERROTA EN LA ESPAÑA ACTUAL*

Francisco Ferrándiz

Científico Titular. ILLA, CCHS, CSIC

En este artículo analizaré el impacto que han provocado en la España contemporánea la producción, circulación y consumo de relatos e imágenes del terror y el sufrimiento padecidos durante la Guerra Civil, y en particular de aquellos relatos e imágenes derivados de la exhumación de las fosas comunes de la represión franquista. La puesta en común de tales relatos debe ser considerada en el contexto más amplio de los debates en torno a la Guerra Civil en cuanto pasado traumático, un proceso que no ha estado exento de polémica. En un momento en el que la sociedad española se halla inmersa en un importante debate en torno al carácter singular o plural de su identidad y a la estructura de la organización territorial, la exhumación de fosas comunes está arrojando una luz inquietante sobre nuestro pasado, nuestro presente y acaso también nuestro futuro. La excavación en diferentes puntos del país de estos *escenarios del crimen* está suscitando discusiones acaloradas y diversos tipos de iniciativas en el ámbito familiar y político, en la historiografía, los medios de comunicación, el mundo de la cultura y el espacio público en general. Así, por ejemplo, la exhibición pública de esqueletos, calaveras y fragmentos de huesos con signos de violencia ha sacado a la luz historias trágicas que durante décadas –y desde el punto de vista no sólo de muchos familiares, sino de la sociedad en su conjunto– habían sido en buena parte silenciadas, apenas susurradas o, en el mejor de los casos, transmitidas de forma fragmentaria en círculos familiares restringidos. El nudo de silencio, miedo y autocensura derivado de las prácticas

* La versión original en inglés de este texto se publicó en el *Journal of Spanish Cultural Studies* 9 (2), pp. 177-192, en un monográfico sobre «Las políticas de la memoria en la España contemporánea» coordinado por Jo Labanyi. Lo que aquí se presenta es una traducción revisada y actualizada.

represivas de los vencedores de la Guerra Civil ha sido particularmente asfixiante en contextos locales y rurales.

La exhumación y el relato de la violencia exhumada están unidos de forma indisoluble. La exhumación da pie a que se cuenten historias relacionadas con los sucesos que quedan expuestos en el proceso de excavación. Al mismo tiempo, más allá de los contextos más inmediatos de enunciación y escucha, su significación e impacto social dependen del repertorio de tramas de la memoria disponible en la España contemporánea, unas con tintes locales, otras más regionales, otras más transnacionalizadas. Éstas tramas en las que cristaliza la memoria incluyen desde iniciativas políticas, reportajes periodísticos, discursos de expertos, relatos autobiográficos y obras artísticas hasta testimonios de índole más local y fragmentaria; recuerdos más frágiles o *huidizos* (Steadly) que apenas han sobrevivido en los intersticios de los relatos hegemónicos de la «victoria» impuestos por la dictadura. Estos recuerdos han continuado siendo en gran medida ignorados o pasados por alto tras la muerte del dictador.

Las exhumaciones en la España contemporánea

Las exhumaciones de fosas comunes derivadas de conflictos y guerras son acciones colectivas complejas y altamente perturbadoras en términos culturales, políticos, sociológicos y psicológicos. Por su parte, cabe entender a las fosas comunes como una sofisticada tecnología de producción de terror, con efectos a corto, medio y, como vemos actualmente, largo plazo. Es por ello que es importante que sean interpretadas en su doble contexto específico, a saber, el de su producción durante la contienda y los años posteriores, y el de su excavación, o reciclaje contemporáneo de aquellas violencias de retaguardia de hace sesenta o setenta años. En el caso español, el amontonamiento deliberado de cuerpos sin identificar en tumbas sin señalar confiere a las personas fusiladas la condición perversa de *cuasi desaparecidos* –desde hace muchas décadas es evidente que los mataron, siguen circulando rumores sobre quiénes pueden estar allí y sobre ciertos detalles del acto de violencia que origina la fosa, pero hay multitud de detalles oscuros y muchas veces dudas. Esta ambigüedad en torno a la desaparición masiva de personas inyecta desasosiego, ansiedad y discordia en cualquier sociedad a corto, medio y largo plazo, aunque sus repercusiones y modalidades de influencia –su capacidad de prolongar o incluso amplificar la represión, la incertidumbre y el daño– se modifican con el tiempo, el contexto político y social, y los cambios generacionales (Robben). Porque este tipo de prácticas inhumatorias tienen precisamente como finalidad, aparte de anular física y políticamente al adversario, desestructurar las familias y otros contextos sociales, extender el miedo y la sospecha, interrumpir

los duelos y oscurecer las evidencias de la represión violenta para así, predicando con el ejemplo, construir y consolidar regímenes de terror que pueden durar décadas.

A medida que las condiciones históricas, sociales y políticas evolucionan, y se debilitan o extinguen los regímenes fundados en la producción de fosas comunes, éstas cambian de naturaleza y pasan de ser crudos instrumentos del terror a convertirse en incómodas pruebas de la barbarie, lo que tiene importantes consecuencias simbólicas, sociales, políticas y en ocasiones jurídicas para la sociedad que las gestiona. Como muestra el caso español, la inquietud o malestar que provoca la presencia de fosas comunes puede durar, latente, generaciones enteras para estallar tan pronto como surgen las circunstancias propicias para ello. Los efectos del desplazamiento de la atención pública hacia las fosas variarán de acuerdo con el contexto –nacional e internacional– en que están siendo investigados y localizados los restos humanos (Verdery). Los propios cuerpos desenterrados tienen, a su vez, una compleja vida «científica» –en su paso por los laboratorios o en su reflejo en proyectos de investigación–, mediática –su recorrido más o menos espectacularizado en la sociedad de la información y el conocimiento–, cultural –los procesos de neoritualización y resignificación a los que son sometidos–, judicial –la movilización o parálisis de la legislación y la judicatura a distintos niveles o su caracterización en el contexto de figuras penales internacionales– y política –recreaciones contemporáneas de su vieja militancia o posturas divergentes de partidos ante el proceso–, que es determinante para entender en toda su policromía las diferentes facetas del proceso de desenterramiento y reinhumación (*ibid.*). En todo caso, la exhumación de las víctimas de matanzas masivas es siempre y por fuerza un asunto controvertido en el que el posicionamiento de los diversos agentes sociales y políticos a los que se atribuye o reclaman competencia sobre ello es cambiante, a veces incluso volátil. Los estados, por ejemplo, puede participar en mayor o menor grado en el proceso de exhumación o bien puede tratar de impedirlo, entorpecerlo o congelarlo por diversos medios; en su defecto, la tarea de llevarlo a cabo puede acabar recayendo en organizaciones no gubernamentales de ámbito nacional e internacional, en movimientos de base o incluso en colectivos de familiares, como está sucediendo en la mayor parte de los casos en España.

Es importante tener en cuenta que las exhumaciones que se están realizando en la España actual no tienen lugar en el vacío, ni son una práctica sin precedentes (Ferrándiz, 2009). De hecho, España ha dedicado no pocos esfuerzos a exhumar la Guerra Civil desde la propia contienda. Desde los primeros momentos tras el final de la contienda y durante la época de la dictadura miles de cuerpos, en su mayoría de per-

sonas pertenecientes al bando nacional que yacían en fosas comunes, fueron en buena parte investigados en la *Causa General*, desenterrados, identificados y reubicados en lugares de enterramiento más dignos; sus nombres fueron inscritos en placas e incorporados a los ciclos conmemorativos propios del discurso franquista dominante de la Victoria. Si bien algunas de estas víctimas de la represión republicana se insertaron en un relato de martirio colectivo circunscrito a contextos locales, otras llegaron hasta los periódicos nacionales, las radios y el NODO.¹ A partir de finales de los años cincuenta, hubo un nuevo ciclo exhumador todavía no suficientemente investigado en el que miles de cadáveres fueron sacados de cementerios y fosas para ser trasladados al Valle de los Caídos,² donde Franco inauguró en 1959 un monumento faraónico para celebrar su victoria militar y honrar la memoria de los «caídos por Dios y por España». Todavía no hay datos precisos sobre el origen y transporte de estos miles de cadáveres, pero no pocos de ellos provenían de fosas republicanas (Solé i Barjau). Finalmente, pese a que algunos familiares de víctimas de la represión franquista organizaron exhumaciones a finales de la década de 1970 y principios de la década siguiente –por ejemplo en Navarra, Extremadura o La Rioja–, hasta principios del siglo XXI no hemos asistido a un proceso de excavación, documentación más sistemática, y difusión de información de las fosas que contienen los restos de la multitud de personas ejecutadas por el bando franquista durante la guerra o bajo la dictadura militar.³

¹ Véase por ejemplo *ABC*, *Arriba* o *El Alcázar*, que finalizada la guerra publicaron con frecuencia reportajes sobre la exhumación, identificación y reenterramiento, bien individualmente, bien en masa, de los llamados «mártires», junto a funerales públicos, oficios religiosos e inauguración de monumentos y placas conmemorativas. Así, por ejemplo, *ABC* dio cuenta el 25 de febrero de 1940 de la exhumación de 1500 «patriotas» en el cementerio barcelonés de Moncada.

² Julián Casanova ha manifestado su asombro ante el secretismo que aún rodea el número y el origen de los cuerpos trasladados al Valle de los Caídos –entre 1959 y 1983– desde diferentes fosas situadas en los cementerios madrileños de Carabanchel y La Almudena y otros enterramientos de provincias. Aunque Daniel Sueiro calculaba que al menos 20.000 cuerpos se encontraban allí a comienzos de 1959, como apunta Casanova, es probable que la cifra total se aproxime a los 70.000. En el documental *Franco: Operación caídos* emitido el 28 de enero de 2009, el propio Abad del Valle de los Caídos, el padre Anselmo Álvarez, declaraba a la cámara que «oficialmente, según los libros, serían 33.847. Pudieron ser bastantes más [...] Por otra parte, con la finalidad de no alarmar excesivamente sobre la cantidad de muertos que venían al Valle, etcétera, el cálculo que se hizo fue casi sistemáticamente a la baja. El número real era bastante superior al número reflejado oficialmente». Ante la pregunta, «¿se atrevería a dar una cifra oficiosa de las personas que pudieran estar aquí enterradas?», respondió: «Menciono la que... entre los encargados de esta operación... estaba muy cerca de las 60.000 personas».

³ Está lejos de cerrarse el debate sobre el número de víctimas, tanto militares como civiles, de la Guerra Civil, y queda aún mucho por investigar al respecto. En un apéndice al volumen colectivo *Víctimas de la Guerra Civil*, coordinado por Santos Juliá, se estima en alrededor de 50.000 el número total de víctimas de la represión republicana, en tanto

Los centenares de fosas comunes que dejó la política represiva de Franco fueron durante décadas un «secreto público». Ya sea porque fueron deliberadamente ignoradas, lo mismo que otros aspectos de la guerra, por las élites políticas e intelectuales desde mediados de la década de 1950 e incluso durante el período de transición a la democracia –en nombre, se decía, de la reconciliación (Juliá, 2003)–,⁴ ya sea por ser todavía portadoras de un cierto aura sobrecogedor, capaz de infundir terror en ámbitos locales, mientras el país se llenaba de carreteras, infraestructuras y luego trenes de alta velocidad, las fosas comunes persistieron como bombas de relojería enterradas en paisajes familiares, relegadas por los nuevos consensos políticos emergentes. Que estas bombas de relojería no quedaron en modo alguno desactivadas lo demuestra el hecho de que en los últimos años la localización y excavación de las fosas, así como la gestión de todas las actuaciones relacionadas con ellas, han suscitado una intensa polémica, que ha puesto de relieve el enorme capital político y simbólico que atesoran aún hoy en día. Desde que comenzaron a exhumarse de forma más generalizada en los primeros años de este siglo, el proceso ha ido adquiriendo unos contornos más reconocibles y homogéneos, a lo que sin duda ha contribuido la creación por algunas de las asociaciones impulsoras de las exhumaciones de equipos más o menos estables de expertos, así como la elaboración de protocolos técnicos destinados a normalizar los procedimientos de excavación e identificación.

La adscripción política ha ejercido un papel decisivo en el debate público acerca de la oportunidad, legitimidad y significación de estas exhumaciones. En líneas generales, los políticos conservadores acusan al movimiento de recuperación de la memoria, y también a la Ley de la Memoria Histórica (como se denomina coloquialmente y en algunos medios de comunicación a la Ley 52/2007), de pretender liquidar el llamado *espíritu de la Transición* promoviendo la resurrección de las *dos Españas*, es decir, fomentando una especie de *guerracivilismo* de nuevo cuño. No está siendo menor la controversia en el campo de la izquierda, en el que existen fuertes diferencias intergeneracionales en torno a la gestión más adecuada de la «memoria histórica» de la derrota y sus lugares fundamentales, ya sean campos de batalla, cárceles, monumentos o fosas (Ferrándiz, 2006, 2009).

que la cifra de víctimas de las represalias franquistas, durante la guerra y después de ella, llega posiblemente a las 150.000, de las cuales al menos la mitad no aparecen registradas en ningún registro civil. Casi una década después, Rodrigo se mueve en un registro semejante.

⁴ En este artículo distingue Juliá entre «caer en el olvido» (proceso pasivo) y «echar al olvido» (proceso activo que consiste en ignorar algo de manera deliberada, precisamente porque se recuerda demasiado bien). Sobre las virtudes y limitaciones de esta expresión, véase Aguilar, 2008.

En el marco de estas polémicas –que han degenerado en ocasiones en enfrentamientos subidos de tono en programas de televisión y tertulias radiofónicas– las exhumaciones están resultando decisivas para la visualización cruda de la violencia de retaguardia, potenciando un debate más amplio del estrictamente académico sobre el alcance y la magnitud de la represión franquista y sus consecuencias a corto y largo plazo. Gracias a la diseminación veloz y la alta visibilidad que permiten las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, las imágenes de las terribles masacres perpetradas por tropas y simpatizantes de Franco comenzaron a inundar los discursos y el imaginario públicos, causando con ello un profundo impacto sobre la opinión pública y en particular sobre los familiares de los vencidos –de manera muy llamativa sobre los nietos. Para un buen número de ellos la nueva imagen de su país –la de un paisaje poblado de fosas comunes e historias apenas contadas– ha resultado perturbadora, y no pocos se han convertido en activistas de organizaciones de base de ámbito local y nacional o han comenzado a prestar atención a los relatos de sus mayores sobre la guerra y a buscar a sus familiares enterrados. Si bien este movimiento social continúa vivo en muchos lugares del país, estimulado por nuevas modalidades de apoyo político y financiero (Ferrándiz, 2005, 2006), el interés público se ha revelado en cambio bastante irregular y espasmódico, a medida que las imágenes sobrecoedoras de las montañas de cuerpos y esqueletos con signos de torturas y heridas de bala se han ido incorporando al repertorio global de imágenes del terror y de la violencia (Ferrándiz y Baer).

Tras la incredulidad inicial de muchos y el escándalo o la indignación de otros, el proceso paulatino de rutinización de las exhumaciones y las imágenes de violencia que generan ha ido convirtiendo aquéllas en prácticas más normalizadas y establecidas: en ocasiones un elemento más, incluso predecible, de los programas que retransmiten reportajes de investigación o incluso los noticieros y programas de actualidad estivales. Las exhumaciones sirven aún, y de manera muy eficaz, para desencadenar el recuerdo en contextos locales y, cada vez con menos frecuencia, para estimular debates más amplios. Es probable que su impacto en el conjunto de la sociedad (impacto del que el interés de los medios de comunicación es un buen indicio) disminuya con el tiempo, y que los medios de comunicación las incorporen cada vez más como una de las muchas iniciativas de parecida índole, sin apenas distinguirlas de los proyectos institucionales de memoria pública, exposiciones museísticas, conferencias académicas, documentales y todo un amplio repertorio de producciones culturales que cubren desde funciones teatrales hasta novelas y muestras de arte conceptual relacionadas con la memoria de la derrota en la Guerra Civil.

En los últimos años, las fosas comunes de la derrota han pasado de ser vertederos políticos y emocionales a convertirse en desconcertantes campos minados, objeto de exposición y debate públicos. Además, las exhumaciones establecen, lo que es no es en absoluto irrelevante, vasos comunicantes inéditos entre la producción política de terror y las experiencias más íntimas de los derrotados en la guerra, a pesar de las décadas que han pasado. Se requiere un análisis más amplio y a largo plazo para comprender la naturaleza del tipo de acción social, simbólica y política en que se están convirtiendo las exhumaciones en la España contemporánea y para saber por cuánto tiempo serán todavía un asunto candente en los debates sobre la memoria de la Guerra Civil. Sin embargo, cabe pronosticar que subsistirán aun cuando la atención pública se aparte de ellas, a menos que se dé un bloqueo administrativo o político que no resultaría fácil de justificar. He subrayado en otra parte la naturaleza inestable y cambiante de la producción y debate en torno a la memoria de la Guerra Civil en la España contemporánea (Ferrándiz, 2005, 2006), y algo parecido cabe decir de las exhumaciones en cuanto prácticas sociales, culturales y políticas en torno a lo que cabe caracterizar como un terrible secreto público. Las historias terroríficas que contienen parecen asegurarles un lugar preeminente en el «sistema nervioso» (Taussig) de la Guerra Civil, entendido como una red finita de terminales sinápticas altamente sensibles que abarca desde la información más cruda sobre la represión (evidencias de torturas, malnutrición, heridas de bala) hasta los objetos de profunda significación personal que aparecen en ellas o las emociones que aún tienen dificultades para expresarse.

Relatos de la derrota

Las exhumaciones no sólo siguen contribuyendo a divulgar datos concretos sobre la represión –y lo hacen principalmente por medio de los informes forenses y arqueológicos y de las imágenes fijas y en movimiento que se diseminan por Internet y medios de comunicación–, sino que van configurando un contexto emergente para los relatos de la derrota a una escala inédita en la España contemporánea. Dan lugar a muchas clases diferentes de discursos y prácticas públicas, desde la información *in situ* que proporcionan los arqueólogos, forenses (que cristalizan más tarde en informes técnicos) y otros especialistas que se encuentren sobre el terreno, hasta los gestos, no por efímeros menos demoledores, de los familiares y otras personas que acuden a las exhumaciones. En el proceso complejo y poliédrico de «recuperación de memorias históricas» (y utilizo aquí el plural de manera deliberada) se están narrando a la vez, ya sea antes, durante o después de las exhumaciones, muchas cosas diferentes y de intensidad diversa, y que van desde lo más público

hasta lo más íntimo. El momento de la excavación es lógicamente el más intenso desde el punto de vista de la aparición, circulación y escucha de tales relatos, que a menudo alimentan la industria cultural surgida en torno a los recuerdos de la Guerra Civil –que hoy vive un auge, especialmente cuando existe algún tipo de impacto mediático.

No podemos analizar en detalle aquí la maraña creciente de discursos destinados a transmitir y elaborar las «visiones de los vencidos» en la Guerra Civil (remitimos al lector a Ferrándiz, 2005; Ruiz Torres; Aguilar). Por ello nos centraremos en los recuerdos que afloran durante el proceso mismo de la exhumación, y en particular los narrados por familiares de aquellos cuyos restos están siendo desenterrados. En el entorno singular y efímero que crean las exhumaciones son particularmente valorados los testimonios referidos a la represión y el sufrimiento posterior, ya sea directo o indirecto. La presencia en la excavación de testigos y familiares acrecienta la expectativa de que puedan revelar o confirmar detalles sobre los sucesos (los arrestos, el momento de la ejecución y sus secuelas), suministrar información biográfica, fotografías y otros objetos personales de los asesinados, participar en debates sobre la oportunidad de abrir las fosas, o aportar sus propias reflexiones sobre el largo período de silencio, miedo y sufrimiento. Si bien es verdad que no todos están dispuestos a comunicar recuerdos dolorosos (y algunos se niegan en redondo a hacerlo), un gran número de los directamente afectados por los asesinatos y por la excavación que está teniendo lugar encuentran en la exhumación un espacio público idóneo y legítimo para el relato de sus historias. Un espacio de narración y escucha que, en muchos casos, nunca antes habían tenido.

En la mayor parte de las exhumaciones hay, por lo tanto, un conjunto de narradores potenciales –cuya «autenticidad» o «idoneidad» se valora, aunque sea de manera imprecisa, en función de la edad y el parentesco con aquellos cuyos cuerpos están siendo recuperados– y también, en la mayor parte de los casos, un público bien dispuesto y empático de «primeros consumidores», que incluye a otros familiares, amigos, espectadores, activistas de la memoria, políticos o periodistas, así como a los médicos forenses, arqueólogos, antropólogos culturales, psicólogos y demás especialistas que trabajan en la exhumación. Dependiendo de la fosa, del recorrido mediático que adquiera o la fecha del año en la que se lleve a cabo, puede desencadenarse un escenario competitivo desde el punto de vista de las relaciones y el acceso a los relatos (Ferrándiz y Baer). En el caso de que exista interés mediático, pueden trascender a la esfera pública, de forma selectiva, fragmentos de las historias que se cuentan. De hecho, los testimonios sobre la Guerra Civil que se prestan «a pie de fosa» se han convertido en un subgénero en la televisión nacional e internacional, la radio y los periódicos.

Asistir a una exhumación es para la mayoría de la gente –dejando de lado a ciertos profesionales, periodistas y activistas– una experiencia única en su vida. No hay duda de que se trata de situaciones que pueden alcanzar un importante nivel de tensión, en las que se va mostrando progresivamente, apenas durante unas horas o unos pocos días, la evidencia desnuda de la crueldad y la violencia. La emergencia paulatina de huesos y calaveras, cuerpos amontonados, objetos personales –que contienen un potencial biográfico– y signos de violencia condiciona el estado de ánimo de las personas presentes y en consecuencia el tono e intensidad de los testimonios. Por lo demás, las exhumaciones tienen lugar en una especie de limbo social o vacío simbólico. Si exceptuamos algunas normas establecidas por los organizadores y algunos los especialistas técnicos que coordinan las exhumaciones –normas que obedecen por lo general a razones de seguridad y están destinadas principalmente a regular el acceso a la fosa y organizar el proceso de grabación de testimonios– no existen directrices explícitas que regulen la interacción de los familiares entre sí o con otras personas presentes. Las formas de relacionarse los familiares con los huesos sin identificar tampoco responden a ninguna pauta clara. Ninguno de los protocolos simbólicos disponibles puede abarcar el proceso de exhumación en toda su complejidad. Los rituales de presentación y reconocimiento mutuo y los actos conmemorativos más o menos visibles suelen ser fruto de la improvisación, de modo que los diversos actores sociales presentes en el lugar acaban por desarrollar hojas de ruta –políticas, simbólicas, emocionales– para orientarse en el proceso de exhumación, modulando su participación en función de sus intereses personales y profesionales. Con el descubrimiento de los huesos como telón de fondo permanente, la conversación (ya sea informal o estructurada), el dar y el escuchar testimonios, la puesta en común de recuerdos y la participación en actos conmemorativos más o menos espontáneos se convierten en actuaciones decisivas, y van tejiendo una red peculiar de canales simbólicos y relaciones sociales en las exhumaciones.

Junto a la localización de fosas, la creación de hitos y rituales conmemorativos, la elaboración de listas de los asesinados, la diseminación de información por todos los medios disponibles y el acto mismo de las exhumaciones, ha habido en los últimos años un extraordinario interés por grabar –sobre todo en formato de vídeo digital– las voces de los testigos de los asesinatos y los familiares de las víctimas. Para muchos de los que participan del movimiento social de «recuperación de la memoria», que no se sienten en absoluto colmados por las iniciativas políticas, institucionales y jurídicas que se están sucediendo en relación a este tema, el hecho de que se pierdan progresivamente las experiencias de los perdedores o las víctimas de la represión –en buena parte jamás con-

tadas ni registradas–, a medida que van falleciendo los miembros de la generación más antigua de víctimas, es un suceso trágico que no puede sino empobrecer la calidad de la democracia española, al imposibilitar el promover, cuanto menos, una suerte de *justicia narrativa*. En esta lógica, los afectados por las diferentes formas de represión franquista tendrían derecho a contar sus historias, y a ser escuchados y valorados en contextos de legitimidad pública y política. De hecho, muchos familiares y activistas sostienen que la ausencia o el escaso relieve de tales voces en el discurso público más de treinta años después de la muerte de Franco confirmaría el éxito a largo plazo del régimen de terror que éste instauró, así como la persistencia, en una forma modificada, de un relato dominante de la guerra que excluye en gran medida las voces de los vencidos.

En este contexto, ha sido muy significativa la polémica reciente entre historiadores sobre la naturaleza de la memoria colectiva, las tensiones entre historia y memoria, y sobre si la represión llevada a cabo durante la guerra y la posguerra ha sido insuficientemente estudiada o lo ha sido en exceso; sobre si ha sido rememorada hasta la extenuación o por el contrario olvidada de forma vergonzosa durante los últimos años de la dictadura y aun después de la transición a la democracia. El papel de los políticos, intelectuales e historiadores en el proceso también ha sido objeto de controversia (Espinosa; Juliá, 2007; Ruiz Torres, 2007a y 2007b; Rodrigo; Aguilar, 2008). Todo ello ilustra la divergencia de opiniones que existe en la España contemporánea respecto de la interpretación y contextualización adecuadas de la dictadura franquista y sus consecuencias –los relatos de las víctimas, los registros históricos y científicos, las representaciones artísticas, los productos mediáticos–, al tiempo que pone en cuestión y delimita las esferas de acción e influencia respectivas de los científicos, los políticos, los periodistas o los represaliados. Este asunto tiene una importancia decisiva. Si bien es verdad que los historiadores han escrito miles de páginas al respecto, parece claro, sin embargo, que sus muchos libros y artículos no han resuelto la ansiedad que hay aún sobre estos temas en una parte no desdeñable del tejido social. Ansiedad que se expresa, por ejemplo, en la escala de las exhumaciones o de los actos de reinhumación. Y a la inversa, aunque los relatos locales resulten adecuados en contextos restringidos, y puedan ser muy atractivos en la elaboración de productos mediáticos, algunos historiadores sostienen que los testimonios contruidos a partir de recuerdos personales no casan necesariamente con el trabajo historiográfico.

Así, con independencia de esta controversia, la recopilación de testimonios de testigos y familiares de las personas represaliados y fusiladas se ha convertido en uno de los objetivos primordiales de las organiza-

ciones de base que impulsan la «recuperación de la memoria histórica». Se atribuye a tales relatos un doble efecto curativo. Desde un punto de vista personal, ponen fin a un largo período marcado por la vergüenza, la humillación, el miedo y el olvido. Desde un punto de vista social, se incorporan al discurso público, dando pie al reconocimiento colectivo del sufrimiento padecido por los derrotados, lo que representaría un acto de justicia histórica que la sociedad tenía pendiente desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, este *vértigo narrativo* relacionado con la memoria de la Guerra Civil llega demasiado tarde para muchos. La mayoría de los que experimentaron y sobrevivieron la guerra como adultos ya están muertos.

Cadáveres y relatos en Villamayor de los Montes (Burgos)

En esta sección examinaré cómo estos escenarios público están contribuyendo a liberar y elaborar los recuerdos de los vencidos en la Guerra Civil, y en qué registros se producen, basándome en los resultados del trabajo de campo que he llevado a cabo durante seis años en torno a las excavaciones de fosas comunes y sus consecuencias a distintos niveles (Ferrándiz 2006, 2009). Aunque se llevan a cabo excavaciones similares en todo el país, mi análisis se centrará en los testimonios recogidos en el transcurso de la exhumación de cuarenta y seis cuerpos en Villamayor de los Montes (Burgos). Esta exhumación tuvo lugar en julio de 2004 y fue organizada por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH).⁵ La ARMH me propuso poner en marcha un proceso de grabación de testimonios «a pie de fosa» que fuera lo más sistemático posible. Para ello delimitamos a pocos metros de la fosa un espacio específicamente destinado a la realización de entrevistas, reservando el acceso al mismo a entrevistadores y potenciales entrevistados. Contábamos además con un protocolo de entrevistas específico para su uso en contextos de exhumación y que establecía un procedimiento, unas técnicas de entrevista y unas condiciones técnicas mínimas (Ferrándiz y Baer).⁶ Esto suponía apartarse de la práctica seguida en algunas exhumaciones anteriores: los testimonios se habían recogido en muchos casos de manera más informal y desestructurada sin que, en ocasiones, hubiera nadie grabando estos relatos de forma específica en el contexto de la investigación de la fosa. Por otro lado, desde el punto de vista metodológico es importante apuntar que la presencia de cámaras y un protocolo de entrevistas introducen un factor de distorsión en lo que habitualmente son relatos espontáneos más o menos estructurados, contados en un contexto público pero la mayor parte de las veces inser-

⁵ Véase el ensayo fotográfico de Francisco Torres sobre la exhumación, que incorpora algunas de las voces recogidas en el proceso.

⁶ Puede consultarse en <http://www.todoslosnombres.org/doc/documentos/documento6.pdf>

tos en conversaciones informales entre grupos familiares, con familiares de otras personas fusiladas, activistas, etcétera. Como ya hemos analizado en otro texto, dado el impacto que tuvo la exhumación de Villamayor, nuestras cámaras de vídeo no eran en absoluto las únicas presentes, ya que no es infrecuente que haya periodistas, documentalistas, o incluso familiares grabando lo que ocurre o se habla.⁷

La historiadora holandesa Inez Bootsgezels y yo estábamos presentes sobre el terreno –ambos en el marco de nuestros respectivos proyectos de investigación– durante todo el tiempo que duraba la excavación y aun después, en un estudio exterior colocado a unos cuantos metros de la fosa en el que disponíamos de dos cámaras de vídeo y varias sillas (Imagen 1). Con todo, nos ofrecimos también a llevar a cabo entrevistas en lugares alternativos si se consideraba más adecuado (como de hecho sucedió en varias ocasiones). La perspectiva de contar historias personales en público, y por añadidura en un entorno extraño, complejo y emocionalmente perturbador, alimentaba las dudas y el recelo de algunas personas; a otras, en cambio, lo que las estimuló a hablar fue precisamente la presencia de un público profundamente interesado en lo que pudieran contar (compuesto por otros familiares, vecinos, periodistas e investigadores), así como la legitimación pública que entraña el acto de la exhumación, la toma de testimonios, y la emergencia de una comunidad solidaria de escucha, por efímera que fuera. Otros adoptaron posiciones intermedias, y conforme avanzaba la exhumación iban modulando su actitud de acuerdo con los cambios que se producían en el entorno de la fosa, ya fuera cambiando una negativa inicial en una solicitud, o viceversa, o estableciendo sus propias reglas. A veces eran los propios miembros del equipo de coordinación –muchos de ellos activistas de la memoria que conocen la zona y a algunos de los familiares– quienes nos presentaban a gente que consideraban valdría la pena entrevistar, por la edad, lo que habían contado en otros contextos anteriormente o su potencial narrativo. Nosotros mismos hablamos con muchas de las personas que acudían al lugar de la exhumación, sugiriendo a algunas de ellas que nuestra presencia posibilitaba la grabación de su testimonio. Con el paso de los días, a medida que se iba conociendo mejor nuestro cometido en el marco del equipo técnico, fueron cada vez más las personas que se ofrecieron *motu proprio* a contarnos sus historias, manifestando incluso su deseo de que éstas fueran grabadas como un acto de *reparación* y *dignificación* del recuerdo de sus familiares (Ferrándiz, 2009; Ferrándiz y Baer). En algunos momentos llegó a haber mucha gente congregada alrededor de la fosa, y se nos hacía muy

⁷ Para una discusión más matizada sobre el proceso de *digitalización de la memoria* en el entorno de las exhumaciones, en el marco de la sociedad de la información y el conocimiento, véase Ferrándiz y Baer.



Imagen 1. Grabación de un testimonio en Villamayor de los Montes.
Cortesía de Clemente Bernad.

difícil atender a todas las personas que venían con la expectativa de ser entrevistadas.

Para que se entienda mejor lo que ocurre en torno a las exhumaciones, a continuación voy a exponer varios ejemplos de testimonios de distinta naturaleza grabados en vídeo en Villamayor y que, aunque en modo alguno cubren todo el espectro, guardan mucha similitud con lo que he podido observar en la mayoría de las exhumaciones a las que he asistido. A pesar de que este artículo no permite citas extensas ni un análisis en profundidad, confío en que la muestra de los testimonios recogidos ayude en su conjunto a comprender las múltiples maneras en que tales actuaciones públicas se relacionan con configuraciones del miedo y del olvido históricamente producidas, así como con la ausencia de modalidades adecuadas de expresión lingüística y espacios públicos para dar expresión verbal a los recuerdos relativos a la derrota.⁸ Con sus inevitables condicionantes y limitaciones, el proceso de exhumación ofrece un espacio sin precedentes, legítimo y efímero –pero también doloroso y no exento de tensión– para relatar experiencias y recuerdos. Es un escenario para la elaboración de memorias que difícilmente puede

⁸ Tales relatos admiten diversos análisis e interpretaciones retóricas, psicoanalíticas y discursivas, las cuales quedan sin embargo fuera del alcance del presente artículo.

reproducirse en ningún otro entorno. Quiero sin embargo comenzar con un diálogo familiar que vino motivado por la exhumación, pero que los familiares prefirieron que tuviera lugar en el espacio doméstico. Para algunos, en particular los muy ancianos –me dijeron–, la proximidad de esos cuerpos arrojados a las fosas durante su infancia o juventud, y la presencia de desconocidos, pueden resultar disuasorias.

Éste fue el caso de «Florines». Su hermano, Vicente Díez Villaverde, vecino de Villamayor, fue asesinado el 13 de septiembre de 1936, cuando tenía 27 años, junto a otros siete vecinos de la localidad. En el momento de la entrevista Vicente yacía aún sin identificar en la fosa común. «Florines», que entonces rondaba los 90 años, se había instalado en Barcelona muchos años atrás; acudió a Villamayor para pasar allí unos días con su hijo mayor, que estaba de vacaciones. Dos de los sobrinos-nietos de «Florines», Jesús y Raúl Zamora, habían contribuido de manera muy activa a la organización de la exhumación. El propio Jesús, que trabaja como cámara en Telemadrid, estaba rodando un documental sobre la excavación y sus consecuencias en las relaciones sociales y políticas del pueblo.⁹ Estaba llevando a cabo para ello una serie paralela de entrevistas con habitantes de Villamayor en distintos lugares del pueblo, y se acercaba a menudo a la exhumación provisto de su equipo profesional de grabación. «Florines» se sentaba casi todos los días cerca de la fosa, observando durante horas el trabajo de excavación, con la mirada fija en los huesos que iban emergiendo, apoyada su barbilla en un cayado. Jesús me había animado a que entrevistara a «Florines» pues, como hermano de uno de los fusilados, éste era uno de los protagonistas de la excavación, tenía la edad justa y el grado de parentesco adecuado. Jesús fue quien me sugirió llevar a cabo la entrevista en su casa y no junto a la fosa. Pero tampoco habló demasiado cuando lo entrevistamos en el patio, pese a que se trataba de un ambiente más tranquilo y familiar y yo era la única persona que no conocía. Fue una entrevista colectiva que desembocó en conversación familiar que a su vez, en último término, encontró su anclaje en un álbum de fotos antiguas que sacaron de la casa. Su hijo Dositeo, sus dos sobrinos-nietos y yo no fuimos capaces de obtener de él más que algunos comentarios generales sobre el asesinato y las consecuencias que había tenido para su familia. «Total que los que se llevaron no volvieron a aparecer más. ¿Y quién se metía a defender estas cosas? Nadie. No nos atrevíamos a rebullir, nadie se atrevía a resolver a los que tenían mando en el pueblo». «Era por la envidia, las envidias por las fincas y la leche... y cada uno tenía sus escritos de las tierras y eso... pero, amigo, les dolía que podríamos comer... con las fincas esas... mil cosas como esas...». «Mi madre, la pobre, cuánto peleaba... amigo... no se pudo hacer nada... Todo el mundo nos hemos callado...».

⁹ *Olvidados* (2004).

A propósito de la exhumación: «nunca pensé que esto... que fuera a pasar nada de esto, pero amigo... todo llega, todo llega... Yo ya me había conformado, pero si la gente no se conforma, pues que hagan lo que Dios quiera... La vida sigue...». Cuando se le preguntó por la identidad de las personas capturadas y fusiladas, «Florines» rehuyó el asunto, aludiendo a su senilidad: «No me acuerdo ya, no me acuerdo de cómo se llamaban [los fusilados del pueblo], es lo que quiero decir yo... Como uno trata de olvidar ciertas cosas, ya le digo, no me acuerdo. Además, yo he perdido mucha memoria. Memoria [...] Yo ya no respondo de nada, porque ya digo que he perdido la memoria... de tal manera que no sé dónde me encuentro, es cojonudo esto... con lo que me he defendido yo, pero, amigo... he llegado a una época que no sé dónde me encuentro... qué barbaridad...».

«¿Y a sus hijos les contó un poco de todo esto?», le pregunté. «Poco», respondió. «Nada», añadió Jesús, quien más tarde me describió esta historia como un «gran secreto familiar». «¿Y para qué? ¿Para qué?», añadió «Florines». En este punto la entrevista derivó hacia una inesperada conversación familiar que nunca antes había tenido lugar, y a la que su hijo Dositeo, de 54 años, dio pie al decir, de pronto: «yo me estoy enterando ahora de todo esto...». Hasta que llegó a Villamayor y se enfrentó con la exhumación, Dositeo tenía la vaga idea de que a uno de sus tíos «se lo habían llevado» durante la guerra, pero ignoraba que hubiese sido asesinado de esa forma y a pocos kilómetros del pueblo. «¡Es que yo ni sabía que tenía un tío que se llamaba Vicente! Tenía una parte de la historia de la familia oscurecida». Le sorprendió aún más saber que en el momento de su asesinato, su tío Vicente estaba casado y tenía dos hijos, un niño y una niña recién nacida. El bebé, Casildita, murió de «friura» (frío) poco después de los hechos. «Yo he oído decir que si del susto que se llevó la madre, Victoria. La madre... se revolvió entera, no pudo alimentarla, darle leche... algo así nos han dicho», apuntó Jesús. El hijo de Vicente, también llamado Jesús, sobrevivió, pero fue siempre una figura ambigua y «errante»¹⁰ para la familia; murió a una edad madura, y tuvo graves problemas personales y de alcoholismo. «Oye, y a Jesús... ¿tú a Jesús con quién lo relacionabas?», preguntó Raúl. «Pues no sabía de quién, primo carnal mío y no sabía de quién», respondió Dositeo, «porque nunca me habían dicho, oye, es que esto, y esto y esto y esto [...] Era primo mío pero era como un primo... aparecido... ¡Ahora comprendo todo! Ahora comprendo todos los problemas». «Porque estaba encabronado, porque venía al pueblo y se encabronaba», dijo Jesús. Dositeo resumió así la actitud de su padre: «Mi padre tiene ese miedo que tienen algunas personas mayores. Hay personas que tienen más sen-

¹⁰ Jesús Zamora utilizó esta expresión en el transcurso de una conversación telefónica que tuvo lugar el 18 de enero de 2008.

timientos que otros, que han padecido más que otros, otros que no han querido olvidarlo nunca... Hay otros que, por ejemplo mi padre, es de los que prefiere olvidarse de todo ello, y su olvido en el que se lo dijeron hasta ahora...». La aparición de un álbum familiar en el que aparecían retratados algunos de los protagonistas de esta historia, como comentaba antes, fue un estímulo para proseguir el diálogo entre los miembros de la familia. «Florines», que había permanecido casi todo el tiempo en silencio durante esta segunda parte de la conversación, miró su reloj y musitó: «Mi reloj se ha parado». No había ninguna imagen de Vicente en el álbum que se me mostró. Sin embargo la familia habían traído desde Barcelona dos fotografías suyas para la exhumación. En una de ellas aparecía con su hijo Jesús de niño, sentado sobre sus rodillas (Imagen 2). En el transcurso de la exhumación, la familia compartió dichas fotografías, habló por primera vez fuera del entorno más íntimo sobre el secreto que escondían y las mostró en público, exponiendo el rostro de su desaparecido. El 28 de enero de 2009, Jesús Zamora envió un email anunciando el «capítulo final» de la historia de su familia. Después de 5 años de espera, les había llegado la identificación positiva de ADN.¹¹ Por voluntad de la familia, el cuerpo será extraído del panteón colectivo donde habían sido enterrados provisionalmente los fusilados de Villamayor, situado en el cementerio municipal, para ser reenterrado en el panteón familiar junto a su madre. Para entonces, «Florines» ya había muerto.

No es infrecuente que una familia que –ya sea por miedo, repugnancia, por un deseo de proteger a la familia o por una combinación de todas estas cosas– decida ocultar o circular sólo muy selectivamente durante décadas una información sumamente delicada. En el caso que nos ocupa, la exhumación y las muchas historias y rumores que circulaban al respecto habían despertado en las generaciones más jóvenes el deseo acuciante de saber más, así como de grabar los testimonios y las historias que se iban revelando en el contexto de la exhumación en cuanto escenario público de la memoria. La decisión de mantener la entrevista y conversación en un ambiente familiar –incluyendo mi presencia como invitado de los sobrinos-nietos, con los que tenía una relación muy fluida– evitaba la interferencia de oyentes no deseados, además de permitir una elaboración más privada de información hasta entonces bloqueada o desconocida.

La incomodidad que puede causar el lugar de la exhumación, la presencia de una comunidad de escucha *ad hoc* e indescifrable en su totalidad, los múltiples aparatos de grabación, el desconocimiento del

¹¹ El texto del email decía: «Después de hacer las pertinentes pruebas de ADN contrastadas con mi madre, los restos el individuo número 31 de la fosa de Villamayor de los Montes corresponden con los del familiar que estábamos buscando: Vicente Díez Villaverde, 28 años, concejal del Frente Popular y sindicalista».



Imagen 2. Vicente Díez Villaverde con su hijo Jesús en brazos.

destino final de la grabación y la propia disciplina de silencio o medias palabras que ha dominado en algunos entornos familiares durante décadas, se manifestaba también de otras formas. «Por favor, no me saques la cara en el vídeo», nos pedía Manuel Lorenzo, procedente, al igual que muchas de las personas fusiladas en Villamayor, de la localidad vecina de Lerma. «¿Pero no le importa si le filmo las manos o los pies?», respondí, explicándole que no disponía en ese momento de grabadora digital. Esta era la segunda vez que Manuel acudía a nosotros ofreciendo su testimonio. Durante la noche había llegado a la conclusión de que no se encontraba satisfecho con las primeras palabras que había dirigido a la cámara de forma espontánea el día anterior, y nos pidió que las borráramos. Para colocar su testimonio en el punto que le parecía idóneo decidió leer esta vez la declaración, de carácter más formal, que había redactado unos días atrás, cuando supo que la ARMH estaba trabajando en la localización de la fosa donde presuntamente se encontraba su padre. La había impreso para la ocasión en una hoja de papel, llenándola después de tachaduras y anotaciones al margen. Quiso que el testimonio fuera grabado junto a la fosa, aunque con el relativo anonimato que le proporcionaba el hecho de que la cámara se limitase a enfocar sus pies (véase Imagen 3).



Imagen 3. Manuel Lorenzo durante la grabación de la entrevista.

Acabo de cumplir setenta años, y casi toda mi vida ha estado marcada por la falta de mi padre y la forma ígnomniosa con la que le quitaron la vida algunos desalmados. Hace unos días vi por la televisión las excavaciones que se estaban realizando en la provincia de Burgos para exhumar los restos de personas asesinadas en el año 1936, y creo que puedo contarme entre las víctimas de aquella barbarie [...] Nací en Lerma en 1932, mis padres: Julián Lorenzo Aires y Claudia Martínez Manso; mis hermanos: Julián y Santiago. En 1942 nos internaron en colegios a los tres hermanos, y ya no volvimos a vivir en nuestro pueblo. Hemos visitado a mi madre ocasionalmente hasta que murió, en 1994. Por esta razón, tengo pocos datos de mi padre y de lo sucedido. Nadie, ni mi madre, quiso informarme de los motivos o circunstancias de su asesinato [...] Lo poco que sé es que era de La Fregeneda (Salamanca), hijo de Julián e Isabel, y parece ser que su condición de jornalero, después de trabajar en el Metro de Madrid, en su primera línea, le llevó hasta Lerma, participando en la construcción de la línea férrea Madrid-Burgos [...] Cuando comenzó la guerra, mi padre trabajaba en Consumos, estaba afiliado a la Casa del Pueblo (UGT),¹² y parece ser que ese «delito» me privó de él [...] Durante más de sesenta años, nadie habló de esto en público. Parece que sólo interesaba el genocidio cometido en Argentina y Chile. Lo nuestro seguía ocultándose. ¿Gozarán de inmunidad toda la vida los culpables? Nuestras madres van muriendo sin ver que se hace justicia. ¿Morire-

¹² Unión General de Trabajadores.

mos también los hijos sin verla? [...] Desearía, con ayuda, o a través de la Asociación, hacer esta petición al gobierno actual: que añada a su programa, cuanto tantas reivindicaciones se están pidiendo, e incluso exigiendo, el esclarecimiento, exhumación, identificación y entierro cristiano de todas aquellas personas que fueron asesinadas ignominiosa y bárbaramente durante los años 1936-1939 y de las que, al cabo de casi setenta años, ninguna autoridad, ni judicial ni ejecutiva, de este país, en el que se llegó a decir que ya no existían dos Españas, ha prestado la menor atención a la barbarie cometida [...] Las escasas veces que ha habido oportunidad de exponer este tema, parece como si fuera infeccioso o candente, se rechaza y se mira para otro lado. [...] Todo es silencio. Nadie se atreve a hablar. Es una auténtica conspiración. Las victorias enmudecen (a los nueve años me internaron en un colegio y recuerdo que mi madre decía: «no digáis a nadie lo de vuestro padre»).

Es obvio que muchos de los que hoy prestan su testimonio eran niños o adolescentes en el momento de los asesinatos. Manuel, que tenía cuatro años cuando mataron a su padre, quiso comenzar su testimonio por el presente y luego retroceder al pasado. Decidió darle la forma de un manifiesto en el que, tras exponer brevemente su historia y el silencio de su familia, se llamase a la acción política. Su caso es un ejemplo de cómo las condiciones de contar y escuchar estas historias se negocian en el momento, o incluso se corrigen o amplifican en el transcurso de la exhumación. En este caso, la combinación de un relativo anonimato (su rostro no aparecía en el vídeo) con la lectura de una declaración formal favoreció el distanciamiento necesario para que pudiera expresarse –«salir públicamente del armario», diríamos casi– de forma más cómoda.

Otras veces el relato está compuesto principalmente por recuerdos lejanos y fragmentarios de la niñez, lo que tiñe de manera específica la naturaleza de los testimonios y del contexto de la escucha. La imaginación infantil constituye, dentro de su contexto histórico y cultural específico, una caja de herramientas repleta de metáforas muy intensas capaces de transmitir experiencias tempranas del miedo y el sufrimiento. La recopilación e interpretación de recuerdos de la niñez evocados varias décadas después, en un contexto biográfico, social y político radicalmente distinto, es un desafío particularmente notable para los investigadores en el caso español, en relación con la experiencia de otros países donde no han transcurrido siete décadas. En el momento de la exhumación de Villamayor, Carmen Pérez, de 78 años, aún no estaba segura de si su padre y su tío yacían en aquella fosa o en otra situada en la misma región. Estaba convencida de que tarde o temprano se hallarían sus restos, ya de que todos los cuerpos enterrados en las fosas situadas en las inmediaciones de Lerma formaban parte de la misma operación

represiva. Las sucesivas exhumaciones realizadas en la zona de la Ribera de Duero la habían puesto sobre alerta, activando vasos comunicantes con sus recuerdos de infancia e inaugurando o refrescando diálogos sobre ese aspecto tan desagradable del pasado con otros miembros de su familia, para la que Carmen era aún un símbolo de aquella tragedia. Ellos fueron los que la trajeron delante de la cámara, como portavoz familiar.

Yo tendría 8 o 9 años. Me dijo mi madre que mi padre estaba seğando, y fue mi abuelo a llamarle... y luego bajó mi abuelo a caballo a Lerma para ver para qué lo querían... y eché yo a correr detrás de él hasta el cementerio, y allí me cogieron y me devolvieron para casa. [...] ¿Y sabes lo que me pasó? Que me quedé negra, como... el hollín, me dio como un «paralís» y estuve paralizada un año, del susto. [...] Estaba como una cosa muerta, como que oía cosas, me puse negra... debe de ser la sangre congestionada... me tumbaba en la cama y no sabía ni lo que hacía, después mi madre como tenía que ir al campo a seğar, y me dejaba en el *saleğar*, allí quieta, hasta que venía, sentada en una silla, pero negra, eso me paso a mí cuando «aquello». [...] Un curandero me curó, me daba la botica, tenía que ser con cuchara de madera o cuchara de cristal, para darme el medicamento, no sé lo que me daría aquel señor... yo las pasé muy mal. [...] Fue del susto que me llevé, al ver que todos se echaban a llorar, quedé sobrecogida. [...] Desde el día que vino mi hermano y me dijo que estaban mirando aquí, tengo una cosa, una cosa, una cosa... vaya si es triste... entonces estaba yo como una princesa, y desde entonces tuve que estar como una pordiosera, nada más que eso.

De princesa a pordiosera, como en los cuentos infantiles. El hecho de que Carmen incorporara a su memoria corporal la experiencia del duelo y la parálisis familiar colectiva provocadas por las pérdidas que sufrieron en la represión franquista de retaguardia nos remite a una dimensión esencial de la derrota, a saber, las secuelas somáticas que deja ésta –más allá de las posibles heridas físicas– y su expresión en los familiares sobrevivientes en el marco de formas y concepciones locales de enfermar y curar. Cualquiera que sea el término que usemos –depresión, abatimiento, incapacidad de entender lo que estaba sucediendo, «sangre congestionada»–, Carmen quedó sin duda «sobrecogida» por los asesinatos, y cabría interpretar la reacción de la familia a los síntomas alarmantes que manifestaba la niña que acababa de perder a su padre (incluyendo la decisión de hacerla tratar por un curandero) como una forma de duelo furtivo o encubierto dentro del contexto familiar. Con la selección de este testimonio público para representar a la familia, repetido muchas veces más allá de las cámaras, la familia de Cármen optó por cristalizar su sufrimiento colectivo en el estupor de una niña ante una secuencia de sucesos violentos e incomprensible.

Pese a que dos de ellos eran niños cuando ocurrieron los hechos, los testimonios de «Florines», Manuel y Carmen son ampliamente aceptados en el entorno de las exhumaciones como «idóneos» para acceder a las consecuencias de la represión franquista, ofrecidos por testigos de primera mano, ya fueran entonces jóvenes o niños. En cambio aquellos familiares de los asesinados que nacieron después o mucho después de que se cometieran las atrocidades a menudo se consideran –y son considerados– menos capacitados para contar públicamente la experiencia de su familia o su municipio. Susana Saiz acudió a la exhumación en compañía de su madre, Esperanza Asturias. Propietaria de un puesto de flores en Lerma, durante la conversación que mantuvimos con ella nos dijo que también era pintora aficionada. Tres de sus tíos-abuelos habían sido asesinados por los «nacionales», y se creía que al menos dos de ellos, Gregorio y Adolfo Nebreda Calvo, podían estar enterrados en la fosa de Villamayor. Al inicio de la entrevista, siguiendo la lógica de «autenticidad generacional» de los relatos que predomina en estos contextos, fue su madre la se sentó en la silla colocada frente a la cámara. Susana permaneció de pie junto a ella, escuchando respetuosamente su relato, hasta que finalmente tomó la iniciativa. En su testimonio estuvo presente de manera prioritaria la figura de la madre de Esperanza, ya fallecida. De los testigos ausentes de la familia ella era, como hermana de los tres fusilados y portadora de por vida de su duelo, el más destacado. A lo largo de la conversación nos quiso transmitir una imagen que la obsesionaba: su abuela, vestida de negro, sentada en un sillón, silenciosa, llorando. Susana, que lógicamente no conoció a los fusilados pero sí las secuelas que estas muertes dejaron en su abuela, casi no dejó de hablar de ella, tratando de adivinar cuál habría sido su reacción a lo que se estaba viviendo. «Ella tenía un carácter muy austero, siempre llevaba negro, y eso... estaba muy marcada por todo esto. La manera de ser, la manera de pensar, unas lágrimas y no saber por qué lloraba...».

Susana nos destacó un momento crucial de su biografía, ya casi al final de su vida, un momento de lucidez tardía y agónica en una vida de duelo en silencio. En cierta ocasión, estando gravemente enferma, se desahogó momentáneamente. «Sería a los 80 años, una vez que estuvo en el hospital y le dio una trombosis, y empezó a hablar. [...] Era como que había estado frustrada durante un montón de años. [...] Echó al cura de la habitación, y a partir de ahí empezó a contar y mezclaba cosas, lo cotidiano con lo otro, y no se la entendía bien... pero estaba hablando de todo esto. [...] Como un delirio, pero con realidades». Estaba segura de que su abuela habría estado contenta de que se llevara a cabo la exhumación. La propia Susana estaba muy a favor de que se hiciera. «Yo quiero que esto salga a la luz. Taparlo no es una manera de superarlo. Abrirlo es una manera de hablarlo, de entenderlo, así es como se supera

la historia. [...] A veces pienso, si estuviera mi abuela viva, ¿qué pensaría de esto? Y yo estoy segura de que estaría orgullosa de que los estarían sacando». En el relato de Susana, quedaba claro que los sucesos trágicos de 1936 también habían marcado de una manera muy acusada a su generación (Ferrándiz, 2005): «Yo y mis hermanos, somos todos así, tenemos algo rebelde, creo que está conectado con esta tragedia. [...] Yo he sido rebelde con mi manera de actuar. Soy rebelde pintando. [...] Mi pintura es mi libertad, no me la toca nadie. Seguramente algún día se haga la conexión, esto te marca, es imposible que no salga en mi pintura». Susana superó las reservas que le suscitaba la idea de tener una «voz» autónoma y legítima en el proceso de la exhumación y recuerdo –que en la lógica más extendida pertenecería a las generaciones anteriores– mediante un acto de ventriloquia artística y generacional: a las pocas horas de nuestra conversación, pintó un cuadro que representaba la excavación vista a través de los ojos de su abuela fallecida. Me telefoneó unos meses después para pedirme que lo fotografiara. El cuadro muestra la mano de su abuela retirando el velo negro que acostumbraba a llevar: tras él aparece la fosa abierta, los esqueletos y calaveras con los agujeros de bala provocados por los tiros de gracia, así como los ríos de lágrimas que corren por los espacios públicos y privados de duelo (Imagen 4).

En la España contemporánea puede constatararse el surgimiento de una cultura política caracterizada por una fuerte organización de base y un perfil generacional muy marcado (nos referimos aquí a la tercera generación), con un extraordinario interés en despertar, consumir y reciclar estas memorias, en gran medida «sin reclamar» (Caruth) de la derrota. Recuerdos entendidos no como afirmaciones objetivas sobre el pasado, sino como hilos de memoria complejos, poliédricos, irregulares y fragmentados, que es obligado interpretar desde la perspectiva privilegiada del presente en el cual son narrados y escuchados, y en el contexto más amplio de una sociedad de la información que adolece de una capacidad de atención limitada y en la que abundan las oportunidades y los medios para la espectacularización del sufrimiento. Recuerdos que no cabe entender tampoco como pretextos para crear nuevas formas de victimización,¹³ sino como los fundamentos necesarios de un sistema democrático sano, que se muestre capaz de incorporar discursos loca-

¹³ Esta idea enlaza con una argumentación más amplia que no me es posible desarrollar en este artículo, si bien forma parte de mi proyecto de investigación. La evolución del concepto de víctima en relación con la Guerra Civil remite a los nuevos discursos globalizados sobre la victimización y a la actualización de una «mística» transnacional de la Guerra Civil española. Las nuevas categorías de «víctima» en la España contemporánea se están construyendo en el contexto de unas políticas de victimización fuertemente partidistas, y no pueden ser entendidas más que en este contexto (entre las mencionadas políticas destacan las motivadas por el terrorismo de ETA y los atentados del 11 de marzo de 2004).



IMAGEN 4. Susana Saiz Asturias: La exhumación vista a través de los ojos de su abuela.

les, metáforas e imágenes de la derrota al amplio conjunto de versiones forzosamente controvertidas de la guerra.

Los libros revisionistas o de corte posfranquista sobre la Guerra Civil tienen éxito editorial en España. En los últimos años se han publicado numerosos trabajos de investigación de historiadores profesionales acerca de la guerra y de la naturaleza y alcance de la represión llevada a cabo por los dos bandos. Los políticos han tenido sobradas ocasiones para dar a conocer a la sociedad sus puntos de vista en el contexto del debate que ha suscitado la Ley de Memoria Histórica, aprobada en diciembre de 2007 por el Congreso de los Diputados. Existe toda una «industria de la memoria» que está generando una cascada incesante de obras de teatro, películas, trabajos de investigación periodística y documentales, algunos de los cuales incorporan testimonios a su contenido. En este contexto, este ensayo se ha ocupado de un tipo particular de discursos asimétricos de la memoria, contruidos por personas cuya influencia no suele trascender el ámbito local, ni siquiera el familiar, y que no se sienten a menudo representadas por aquellos otros discursos más elaborados, ya sea políticos, culturales o científicos, que están disponibles para la sociedad española en su conjunto. Estos discursos asimétricos de la memoria son en su mayor parte «relatos de la derrota» narrados en el lugar donde tuvo lugar la represión o cerca de él, en contextos locales donde se ha prestado hasta ahora muy poca atención a tales relatos, se les ha negado todo espacio legítimo de articulación o, al menos durante el franquismo, sólo podían circular de forma clandestina o ser silenciados. Por lo demás, se valen de fórmulas o modismos locales para expresar la aflicción, parten de recuerdos de la infancia o, como en el caso de Manuel, reciclan formas discursivas más formales para acceder a su experiencia. Son múltiples y fragmentarios, aunque ligados a acontecimientos similares en un contexto de represión masiva. En muchos casos carecen de pautas narrativas claras y no pueden remitirse a una cultura expresiva consolidada. Hacen referencia no sólo a la crueldad y la violencia practicadas en la retaguardia, sino también a los largos períodos de injusticia, miseria, humillación pública y silencio cotidiano. La importancia que los actores sociales dan a estos relatos, aunque sea para decidir inhibirlos, muestran cómo la España contemporánea no ha agotado todos los espacios ni satisfecho todas las necesidades de narrar historias sobre la guerra y sus secuelas. He ofrecido aquí una muestra de las distintas clases de relatos que se están contando en el contexto de las exhumaciones, relatos que se están convirtiendo en artefactos sociales, políticos y simbólicos muy importantes en la España contemporánea. Como ha señalado hace poco Paloma Aguilar (2007, 2008), una sociedad puede demostrar su madurez democrática siendo capaz de absorber los debates más difíciles sobre las políticas de la memoria y las memorias

de la política, asumiendo su pluralidad con normalidad e incorporando aquéllas reivindicaciones que gocen de un apoyo social importante, aunque no sea masivo. Al reclamar un lugar preeminente en los debates sobre las políticas de la memoria en la España actual, las narraciones de la derrota que surgen en torno a las exhumaciones y otros lugares de memoria y conmemoración parecen estar dispuestas a esquivar el destino que se les había adjudicado históricamente. A saber, el de relatos prohibidos y clandestinos durante el franquismo y, posteriormente, residuos discursivos desechables y marginales desde la Transición.

Quiero concluir con una breve cita de Zacarías Díez, natural de Villamayor. Su abuelo, Zacarías Díez Ontañón, fue asesinado en septiembre de 1936 a los 57 años de edad. He conocido a pocas personas que tengan el talento asombroso de Zacarías para contar historias. Nadie como él supo recopilar y divulgar los relatos dispersos que se contaron en el transcurso de la exhumación realizada en su pueblo en 2004. Una vez recuperados todos los cuerpos, tuvo lugar una ceremonia en la que los familiares improvisaron un ritual en memoria de los muertos: hubo canciones, conversaciones, poemas, oraciones, discursos más formales. Se depositaron flores... y se narraron más historias. Posteriormente, el equipo de investigación entregó a Zacarías un pequeño cartel de la ARMH que había sido exhibido a la entrada de la exhumación. En el cartel figuraba un fragmento del famoso poema de Miguel Hernández «Elegía a Ramón Sijé». Durante toda la excavación, Zacarías había recitado el poema en voz alta, convirtiéndolo en una especie de «percha» narrativa en la que colgar las historias de su familia, y también en el registro expresivo más eficaz para describir el acto de la exhumación. Cuando nos disponíamos a marcharnos, Zacarías declamó, sosteniendo en una mano el cartel e improvisando sus comentarios sobre el poema:

... besar tu noble calavera... para desamordazarte, y regresarte... que vuelvas otra vez a mí, eso es la palabra regresar, es volver. [...] ¿La he acertado? Quiero escarbar la tierra con los dientes... es que esto es exagerado... escarbar la tierra porque escarbar nada más escarban las gallinas, y las aves, quiero apartar la tierra parte a parte... a dentelladas. [...] Esto es una paradoja... secas y calientes... quiero minar la tierra hasta encontrarte. [...] Minar, justamente son las lombrices, las que minan la tierra, y los mineros, lógicamente. [...] Y besarte la noble calavera. [...] Esto es el sentimiento más noble al ser que nunca has visto, al ser más querido... y desamordazarte. [...] O sea, quitar el silencio, que otros tipos le taparon la boca para que no hablara... y regresarte. [...] Y volver a mí, que mío eras.

Bibliografía

- AGUILAR, Paloma. «Los debates sobre la memoria histórica», *Claves de Razón Práctica* 172 (2007), pp. 64-8.
- , *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008.
- CARUTH, Cathy, *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative and History*, Baltimore, The Johns Hopkins UP, 1996.
- CASANOVA, Julián, «El Valle de Franco», *El País*, 02/11/07, p. 33.
- ESPINOSA, Francisco, «De saturaciones y olvidos: Reflexiones en torno a un pasado que no puede pasar». *Generaciones y memoria de la represión franquista: Un balance de los movimientos por la memoria*, ed. Sergio Gálvez, número especial de la *Revista de Historia Contemporánea Hispania Nova*, 6/7 (2006-07), <http://hispanianova.rediris.es/>
- FERRÁNDIZ, Francisco, «Fosas comunes, paisajes del terror», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 64-1 (2009), pp. 61-94.
- , «Cries and Whispers: Exhuming and Narrating Defeat in Spain Today», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 9-2 (2008), pp. 177-192.
- , «The Return of Civil War Ghosts: The Ethnography of Exhumations in Contemporary Spain», *Anthropology Today*, 22-3 (2006), pp. 7-12.
- , «La memoria de los vencidos de la guerra civil: El impacto de las exhumaciones de fosas en la España contemporánea», en José María Valcuende y Susana Narotzky (eds.), *Las políticas de la memoria en los sistemas democráticos: Poder, política y mercado*, Sevilla, ASANA, 2005, pp. 109-32.
- FERRÁNDIZ, Francisco y Alejandro BAER, «Digital Memory: The Visual Recording of Mass Grave Exhumations in Contemporary Spain», *Forum Qualitative Sozialforschung/Forum: Qualitative Social Research* [Revista on-line], 9-3 (2008), art. 35.
- JULÁ, Santos, «Echar al olvido: Memoria y amnistía en la transición», *Claves de Razón Práctica*, 129 (2003), pp. 14-24.
- , «De nuestras memorias y nuestras miserias.» *Generaciones y memoria de la represión franquista: Un balance de los movimientos por la memoria*, número especial de la *Revista de Historia Contemporánea Hispania Nova*, Sergio Gálvez, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es/>
- , (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.
- ROBBEN, Antonius C.G.M, «State Terror in the Netherworld: Disappearance and Reburial in Argentina», en J.A. Sluka (ed.), *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2000, pp. 91-113.

- RODRIGO, Javier, *Hasta la raíz: Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura Franquista*, Madrid, Alianza, 2008.
- RUIZ TORRES, Pedro. «Los discursos de la memoria histórica en España», en *Generaciones y memoria de la represión franquista: Un balance de los movimientos por la memoria*, número especial de la *Revista de Historia Contemporánea Hispania Nova*, Sergio Gálvez, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es/>
- , «De perplejidades y confusiones a propósito de nuestra memoria.» *Generaciones y memoria de la represión franquista: Un balance de los movimientos por la memoria*. Ed. Sergio Gálvez. Special issue of *Revista de Historia Contemporánea Hispania Nova*, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es>
- SOLÉ I BARJAU, Queralt, *Els morts clandestins: Les fosses comunes de la Guerra Civil a Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Afers, 2008.
- STEEDLY, Mary, *Hanging Without a Rope: Narrative Experience in Colonial and Postcolonial Karoland*, Princeton, Princeton University Press, 1993.
- SUEIRO, Daniel, *El Valle de los Caídos: Los secretos de la cripta franquista*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.
- TAUSSIG, Michael, *The Nervous System*, New York, Routledge, 1992.
- TORRES, Francesc, *Dark is the Room Where We Sleep/Oscura es la habitación donde dormimos*, Nueva York, Actas, 2007.
- VERDERY, Katherine, *The Political Lives of Dead Bodies*, New York, Columbia University Press, 1999.